

Pablo Castillo, que como en una caja china guardaba el Plan de la Revolución Agraria del cura Mauricio Zavala. Se trató más bien de un movimiento que miraba al pasado y no al porvenir.

Entre el siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX, en San Luis Potosí surgieron las bases de su inserción en el México moderno, con sus particulares contradicciones en el nivel del poder y las formas de su ejercicio internamente y su articulación en el ámbito nacional.

Con maestría Enrique Márquez nos propone en esta Antología agrupamientos temáticos que le dan un orden y una idea ya concebida que anuncian, sin duda, una obra del autor que la historia potosina se merece.

Un personaje llamado Jalisco

Vicente Leñero

José María Muriá, Cándido Galván, Angélica Peregrina, *Jalisco, una historia compartida*, México, Gobierno del Estado de Jalisco/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1987.

***Jalisco en la conciencia nacional*, José María Muriá, Cándido Galván, Angélica Peregrina, comps., México, Gobierno del Estado de Jalisco/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1987.**

Desde que Luis González nos enseñó —o mejor dicho: nos recordó lo sustanciosa que puede ser la observación de la historia desde las llanuras mejor que desde las alturas, con el microscopio mejor que con el telescopio, parecen haber proliferado los curiosos observadores de esta disciplina que se empeña a toda costa en buscar y disfrutar del *detalle* como fórmula feliz de conocimiento.

Un poco cansados del afán universalista y macrohistórico, de la llamada "concepción global" de cuanto ciencia se nos pone delante, más bien ahitos, hartos, insatisfechos de saber superficialmente de todo sin calar en los profundos misterios de cada parte, una nueva generación de buscadores parece estar dejando de lado la Historia Patria —entendida así, con toda la solemnidad de esas palabras que suenan siempre a ardua materia escolar: Historia Patria— para descender de las alturas y ponerse a escuchar, a manejar, ahora sí que a retozar con las historias parciales que son a fin de cuentas "las historias privadas" de la historia que dan forma y contenido a la aventura de iluminar un siglo, una época, un tiempo. Con mentalidad de novelista —o de lector de novelas, que es oficio más digno y respetable— se busca en lo particular un camino para aproximarse a lo general, igual que se da valor y vuelo a un trozo de experiencia para calar más hondo en la experiencia abarcadora de lo que se entiende por el todo.

Lo que se intenta decir —de una vez por todas y abreviando— es que de alguna forma, ¡y sabe Dios por qué causas! entramos en el tiempo de la historia local, de la historiografía regional. Se suponía que con el ojo clásico habíamos visto todo lo que había por ver del país, y al enfocar la lente sobre un área precisa del territorio empezamos a entender que ese todo del país requiere primero de una dilucidación por partes de cada parte a dilucidar. No que se entienda la historia patria como la suma de las historias regionales y se busque en esa suma el total aritmético que

nos aclare un siglo, digamos. Es más bien que las historias regionales se mueven, frente a la historia patria, con cadencias singulares que equivocan a veces la suma, que contradicen con frecuencia las generalizaciones y que obligan, por todo ello, a integrar como en rompecabezas, no como en inventario, uno a uno todos los ingredientes parciales que participan en el trayecto de un país por el tiempo. Relacionando, analizando, desmenuzando, se descubre que es imposible entenderlo todo de golpe, desde arriba. Mejor entender por partes, conocer por partes: averiguar en detalle lo que parece un detalle y es el fin de cuentas —como en la física— un universo científicamente autónomo e inconmensurable.

Así, toda acusación o todo complejo de chauvinismo, de localismo, de regionalismo queda hecho a un lado, debe quedar hecho a un lado para dar paso al fenómeno: la investigación por trozos, a profundidad, como única manera de averiguar un país, de deshojar un tiempo.

El arrebato lírico podría ser discutible, objeto de polémica, si no se conocieran resultados concretos de esta proposición concreta de retazar país y épocas. El Gobierno del Estado de Jalisco y el Instituto de Investigaciones felizmente llamado José María Luis Mora, ha llevado a término una experiencia de esta índole con esta obra en tres tomos que se intitula: *Jalisco una historia compartida* y *Jalisco en la conciencia nacional*.

La propuesta parece simple, pero es sin lugar a dudas tan ambiciosa como urgente y se antoja magnífica. Se trata primero —en el tomo que lleva por subtítulo *Una historia compartida*— de ofrecer en medio millar de páginas un compendio de lo que ha sido Jalisco durante el siglo XIX, o al revés: de lo que ha sido el siglo XIX en el estado de Jalisco. Un siglo XIX de casi 125 años —nos aclara José María Muriá, el responsable de esta tarea, ahora sí que histórica— porque el repaso contempla desde los prolegómenos de la insurgencia independentista hasta la promulgación constitucional del 17, luego del fenómeno revolucionario que acabó con el porfirato.

Para los ajenos a los entresijos de la historia, a los “lavaderos locales” de nuestro trayecto en el tiempo, sorprende, mejor dicho: entusiasmo la oportunidad de asomarnos a este repaso de los acontecimientos nacionales desde el punto de vista del estado de Jalisco. Porque no se trata sólo de entrar y desmenuzar la historia privada de una región, sino de mirar también, además, el drama épico de todo el país desde la perspectiva única de un personaje que en este caso se llama Jalisco. En esto reside, a mi juicio, el mérito mayor de la tarea llevada a cabo por José María Muriá, Cándido Galván y Angélica Peregrina: relatarnos una historia particular e iluminarnos, al mismo tiempo, la historia del país desde un punto de vista integrado por sucesos acaecidos en Jalisco en relación con todo lo que ha ocurrido en el territorio. El sólo apéndice con que concluye el libro, las 161 páginas de cronología comparada en donde clara, sencilla y prácticamente se muestran a un tiempo, en confrontación, los trayectos caminados ora por México, ora por Jalisco, desde 1786 hasta 1919, bastarían para justificar este esfuerzo que compendia y divulga lo que el propio Muriá ya había investigado y presentado en su monumental *Historia de Jalisco*. Ahora, él y su grupo lo comparten aquí, en un lenguaje para todos.

Los otros dos tomos de la obra, *Jalisco en la conciencia nacional*, ejemplifican el repaso histórico que nos entregó la *Historia compartida*. Con artículos, ensayos, conferencias, cartas, sueltos, discursos, fragmentos, reportes, informes, notificaciones, documentos de toda índole

firmados por personajes de la historia lo mismo que por estudiosos contemporáneos, Muriá y su grupo han conseguido integrar una antología que instante por instante, periodo por periodo, nos lleva a deslizarnos por la historia jalisciense con la amenidad que normalmente se encuentra sólo en los anecdotarios. El material antologado es por sí mismo valioso —tiene la precisión de las comillas históricas y el resonar lingüístico y hasta folklórico de cada época—, pero además nos organiza el viaje, primero por la Independencia, luego por la Reforma, y al fin por la Revolución, con las “propias palabras” de los protagonistas o de sus más inquietos averiguadores.

Jalisco en tres tomos, pues. Una obra exacta, de veras importante: por lo que escoge, por lo que despierta, por lo que enseña sin presunción alguna. Con la seriedad de quienes han sabido desentrañar retazo a retazo la historia de un gran retazo del país. Con la amenidad de quienes saben, además, contarla y presentarla.

Mercedes Vilanova (ed.), *El poder en la sociedad. Historia y fuente oral*, Barcelona, Antoni Bosch, editor, 1986, 237 p.

Eva Salgado

La invención de la escritura asestó un golpe drástico a las fuentes orales de la historia. Paulatina, pero inexorablemente, el reino de lo escrito desplazó a la palabra hablada en el inacabable proceso de reconstruir la historia. Los documentos, actas, memorias, diarios y archivos ocuparon durante largo tiempo un lugar privilegiado frente a la información oral; no obstante, ésta logró mantenerse —aunque relegada— bajo la forma de tradiciones orales o leyendas. Con el tiempo se ha hecho patente la necesidad de rescatar el valor de la palabra hablada, la de aquéllos que, al no ocupar un sitio privilegiado en la historia, estarían irremisiblemente condenados al anonimato, a ser olvidados junto con todas las experiencias que no pudieron transmitir.

La inconmensurable labor de dar voz pública a quienes carecen de ella requiere un esfuerzo colectivo y sistemático, que ha comenzado a dar frutos por medio de la historia oral. Esta metodología representa además un valioso medio de rescatar la historia de las clases subalternas, la de los vencidos, aquéllos que han quedado olvidados en aras de la historia maniquea y triunfalista. Pese a las críticas, las improvisaciones y los oportunismos, la historia oral se ha ganado un merecido lugar en el ámbito de las ciencias sociales. Con su aplicación, la historia redescubre un horizonte de fuentes con las cuales enriquecerá su constante proceso de búsqueda.

Por su esencia, la historia oral compete a especialistas de diversas disciplinas que, a través de un trabajo tan colectivo como sea posible, salven los obstáculos teóricos, técnicos, y prácticos que invariablemente han de presentarse en sus distintas fases: desde la planeación y delimitación del área de estudio, hasta el análisis discursivo de los testimonios recabados.

En este sentido, destaca la importancia de la celebración de coloquios o reuniones similares que faciliten el intercambio de experiencias e inquietudes. Tal es el caso del V Coloquio Internacional de Historia Oral, celebrado en marzo de 1985, en Barcelona. Tanto más alentadora resulta la publicación de algunos de los trabajos presentados en el mismo bajo el título de *El poder en la sociedad. Historia y fuente oral*, obra coordinada por Mercedes Vilanova. Es preciso mencionar, además, que colo-